

# NOTAS PARA UNA PSICOLOGÍA DE LA GUERRA

Por Paul SCHILDER

*Estos apuntes fueron preparados por el doctor Schilder en 1940 y constituyen el guión de una conferencia que debía haber sustentado el año siguiente en la Asociación Americana de Ortopsiquiatría. La muerte impidió tanto esa conferencia como la revisión definitiva del manuscrito; sobre todo, frustró la conclusión de una de las obras más interesantes en el campo del psicoanálisis social, y acabó con una vida rica en aportaciones de incalculable valor científico y humano.—J. G. T.*

El asesinato suele justificarse a menudo con la afirmación de que se ejecuta en bien de la posteridad, o por la grandeza del país. Esta idea ha sido elaborada hasta implicar la necesidad de defender la propia raza. El ciudadano medio se alarma cuando piensa que él o sus descendientes podrán un día ser regidos por la raza cobriza, negra o amarilla. Se diría un deber más o menos sagrado el de perpetuar el dominio de la raza blanca. Éstas, claro, son simples mitologías del color. No habría gran diferencia entre la supremacía de la raza amarilla y la de la raza blanca. Los niños emplean semejantes categorías sólo a fin de excusar y dar libre salida a su agresividad, y los adultos no proceden de manera muy distinta. También buscan excusas, y se sienten más satisfechos cuando, al matar a otro ser humano, lo hacen, no como si fuera un individuo, sino como si se tratara de un abstracto partícipe de una nación extranjera o de una raza ajena. He aquí un decidido abuso de las abstracciones. Convendría dejar en claro que nunca se asesina a un alemán, a un negro o a un mongol, sino a un individuo, a una persona, aunque sea más cómodo desahogar nuestros odios contra las abstracciones, ocultando con un conjuro mental el hecho de que las víctimas son personas reales.

La primera etapa de toda ética habría de consistir en la corrección de tales vicios del pensamiento. Cuidémonos de las generalizaciones. Heyword Broun indicaba hace poco en un diario, cuán ridículo es decir que Italia entera respalda a Mussolini. Lo que quizá debería haberse dicho es que un reportero había entrevistado a unas doscientas cincuenta personas, las cuales habían declarado públicamente su acuerdo con la política de Mussolini. El uso indecente de una terminología abstracta debería prohibirse. Frente a cada generalización habría que interrogarse: ¿cuáles son los hechos concretos en que aquélla se basa? Precisa recordar, con Berkeley, que no se dan representaciones generales (ideas), sino sólo representaciones individuales. La vastedad de los imperios del presente incrementa la tendencia a considerar a los seres humanos como meros reflejos de algo trascendente, y como criaturas que pueden ser impunemente privadas de la existencia.

Por lo demás, la ética humana se halla vinculada de manera íntima con las relaciones en el espacio. Quien mate a otro con un hacha padecerá una serie de impresiones desagradables. La sangre brotará y sobrevendrá la confusión. Ante la cercanía de aquel a quien se ataca, se afirma al menos la posibilidad de que el atacante sufra daño. El acercamiento es una de las condiciones de la simpatía. Se ha formulado la pregunta: ¿cuántas personas asesinarían a otra distante si pudieran hacerlo simplemente presionando un botón, sin ningún riesgo de castigo? Supuesta esa situación imaginaria, es importante advertir que el asesino se encontraría en ella lejos de donde pudiera presenciar los padecimientos de su víctima. La ética, repetimos, es un fenómeno espacial. Los verdaderos problemas de la guerra empiezan cuando el hacha, el cuchillo o el mazo, se sustituyen por el arco y la flecha o, a mayor abundamiento, por el rifle, el cañón, etcétera. La artillería de largo alcance hace aún más impersonal la matanza y otorga al remoto asesino un sentimiento adicional de seguridad moral al evitarle la contemplación de los heridos y muertos, seguridad que aumenta especialmente cuando aquél dispone ya de cierto principio abstracto de autojustificación. En otras palabras, nuestra ética no ha dejado de fincarse en el acercamiento corporal de ambos combatientes; el largo alcance de las armas letales no ha modificado sus premisas.

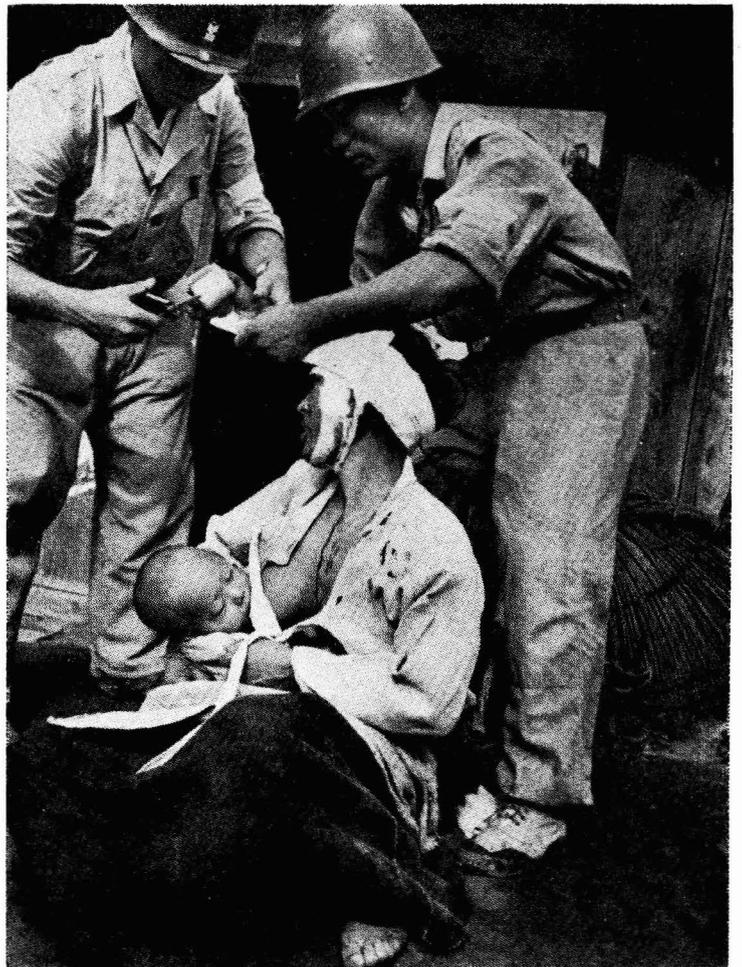
La situación se antoja grotesca si se considera que da la orden de batalla un oficial al que se llama soldado sólo por la fuerza de la costumbre, y el cual se halla a cientos de millas del escenario de la muerte. Esas ideas abstractas se le han impuesto a través de una educación unilateral, con tal vigor que ya estima ridículo que pueda haber cualesquiera hechos al margen de sus abstracciones preconcebidas. La relación entre civilización y guerra no estriba únicamente en que gracias a aquélla

se haya aumentado el derramamiento de sangre durante la lucha, sino también en que la civilización coadyuva a elaborar métodos de asesinato a distancia, lo cual, a su vez, ayuda al instigador del asesinato a no sentir las consecuencias de su acción anormal y a que la sangre no lo salpique.

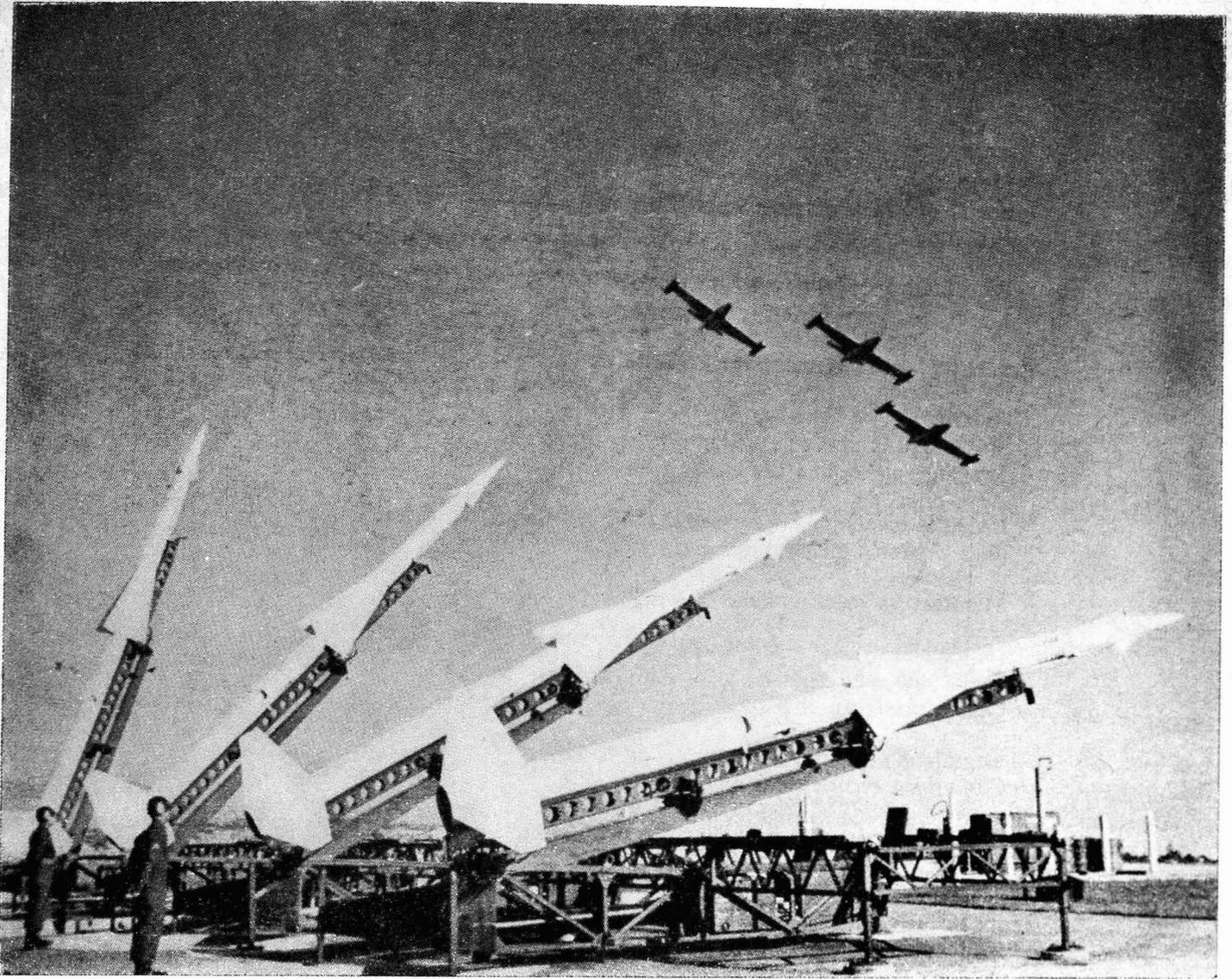
El fabricante de municiones se mantiene más allá del desastre y puede enorgullecerse de su buena conciencia y del positivo servicio que ha prestado a una idea abstracta.

Si nos preguntamos por qué todos estos seres humanos se ponen al servicio de ideas abstractas, la respuesta es que, mediante ellas, resulta fácil ocultarse a sí mismo y a los demás las propias motivaciones. El general no admitirá jamás que desea la guerra a fin de lograr una mejor posición y un mayor salario; en cambio dirá entre sí, o dirá a los otros, que la guerra es necesaria en bien de la patria. La moderna belicosidad tiene, pues, dos raíces psicológicas: a) la tendencia a pensar en términos suministrados por ideologías abstractas, lo cual permite el disimulo de los hechos y el encubrimiento, respecto de uno mismo, de los propios deseos y complejos; y b) la posibilidad de eludir los horrores del asesinato directo, merced a la perfección de las armas destructivas de largo alcance; el recurso a un sistema administrativo de aniquilamiento preserva de la contemplación de la matanza a su verdadero instigador.

Semejantes observaciones parecen demasiado idealistas en la medida en que presumen una disminución en la matanza si los seres humanos afrontaran de nuevo la lucha cuerpo a cuerpo. O sea, hemos de tener en cuenta qué tan intensa es la tendencia intrínseca a matar. Algunos analistas piensan que los niños de temprana edad albergan un deseo ilimitado de destruir a cuantos se hallan a su alrededor. Melanie Klein ha ido, en este sentido, más lejos que los otros. De acuerdo con ella, el niño de



*"lejos de donde pudiera presenciar los padecimientos de la víctima"*



*"el progreso técnico nos capacite para destruir allí donde no operan nuestros sentidos"*

6 a 12 meses quisiera destruir a su madre por todos los medios que le fueren accesibles. Debo confesar, sin embargo, que juzgo esta aseveración sumamente parcial. El niño no se limita a querer destruir a la madre; asimismo quiere conservarla entera y segura. Existen, sin duda, tendencias destructivas y criminales. Pero el asesinato no posee igual significado para el lactante y para el adulto. Para el niño la muerte no constituye una privación definitiva; el niño imagina que los muertos resucitan. Además, la incapacidad motriz del infante le promueve sin remedio fantasías de actividad, y aun de sadismo. En principio, los seres humanos no sólo buscan mantener la integridad de su propio cuerpo, sino también la de los cuerpos ajenos. Cuando los niños destruyen algo completamente, lo hacen por error, por esa creencia infantil de que los muertos resucitan. El niño, como el hombre primitivo, no cesa de temer el castigo por su agresividad. Hay un vínculo profundo entre los cuerpos de las diversas personas. El asesinato, tal como lo entiende el adulto, no parece contarse entre los impulsos fundamentales del hombre.

Es verdad que S. Zuckermann ha hecho observaciones muy desconcertantes a propósito de los mandriles en los jardines zoológicos. "Las batallas sexuales eran comunes en la Colina de los Monos. Con frecuencia parecía la hembra objeto de la lucha, aunque ella misma permanecía pasiva. De las treinta y tres hembras que murieron, treinta perdieron la vida en las propias luchas en que ellas constituían el trofeo por el cual peleaban los machos. Las heridas que se les infligieron acusaban todo orden de severidad. Resultaron fracturados los miembros, los huesos, las costillas y aun el cráneo."

El chimpancé macho come todo lo que puede y carece de consideraciones para los jóvenes y para la hembra. Aun si este cuadro descrito por Zuckermann fuera correcto, el hecho es que la meta específica de los combates entre simios no es la destrucción del rival sino el aseguramiento del objeto sexual deseado. La muerte del rival obedece bien a una medida de seguridad o bien a un accidente. La destrucción de la hembra es siempre un accidente. Semejante conducta agresiva y tal matanza indiferente no han sido observadas en otras especies; es posible que el cautiverio haya producido un comportamiento artificial. La conducta de los mandriles no entraña quizá, por lo tanto, una perspectiva fiel de nuestras tendencias biológicas, sino apenas

uno de sus aspectos fragmentarios. En consecuencia, no se justifica el disculpar el asesinato como comportamiento humano alegando que los mandriles lo practican. Es cierto que el mandril desea alimento, satisfacción sexual y, todavía más, la sensación de poder. Pretende erigirse en soberano y conservar para sí a las hembras. Pero, incuestionablemente, la madre cuida de los vástagos. Y en otras especies de monos, como por ejemplo en los araguatos se advierten evidencias de conducta social y ayuda recíproca, y la organización de sus grupos bien puede, inclusive, fíncarse sobre este principio. Los combates, cuando los hay, son únicamente a voces.

¿Por qué no imitar al araguato en vez de al mandril? Según C. R. Carpenter, cualquiera de los machos puede encabezar el clan de los primeros, sea en la defensa, en la busca de comida o en la migración. Parece ser que ningún individuo establece entre ellos una supremacía permanente; antes bien, la posición de cabecilla se adquiere de acuerdo con las circunstancias. Therkel Schjelderup-Ebbe ha mostrado que la tendencia a lograr la supremacía y a defenderla es muy frecuente en los animales. Se ha comprobado en toda clase de pájaros, y se ha advertido que esa supremacía tiende a estabilizarse una vez que ha sido alcanzada.

¿Por qué ha de ser necesario hipertrofiar la autoridad y la agresión hasta llegar a destruir el cuerpo de otro individuo, cuando es más probable que aquel otro cuerpo no sea tan distinto del propio? ¿Por qué no respetar la integridad de los demás, su imagen corporal? Aparentemente, los seres humanos no toleran con facilidad, a la larga, el asesinato de los otros. Es casi un hecho que la tendencia natural de los humanos en el sentido de respetar los cuerpos de sus prójimos prevalecerá de un modo diáfano en cuanto nos decidamos a no ser manejados por ideologías y abstracciones sin fundamento; y a vivir, en cambio según nuestras experiencias inmediatas. Asimismo debemos aprender a contemplar los efectos de nuestras acciones, aun cuando el progreso técnico nos capacite para destruir allí donde no operan nuestros sentidos. Si un dictador fuera obligado a mirar todos los asesinatos que ha ordenado, tal vez recategorizaría algunas de las nociones abstractas que lo inspiran.

—Traducción de Joaquín Romo